

CULTURAS POPULARES Y CONTEXTOS SOCIALES: UN ENFOQUE INTERPRETATIVO

Julián Vargas L.
Pilar Riaño A.

Esta ponencia hace parte de un trabajo más amplio en elaboración, que pretende trazar algunas tipologías sobre la evolución histórica de las culturas populares en el país. Su propósito es el de ubicar cuáles han sido, en dicho transcurrir histórico, los diversos contextos sociales populares, y cuáles los elementos comunes que han configurado una matriz cultural de perpetuación de lo popular.

En esta ponencia se presenta tan sólo el enfoque analítico e interpretativo que respalda el trabajo histórico antes mencionado. La intención original de esta ponencia era la de sintetizar dicha evolución histórica; sin embargo por limitaciones de espacio, hemos optado por plantear la perspectiva más global —a costa de perder la fuerza de sustentación que el enfoque histórico concreto le da—.

Las reflexiones que expondremos están por consiguiente basadas en el conjunto de consideraciones desde las cuales se sustenta el análisis e interpretación del transcurrir histórico popular, y constituyen una perspectiva y una propuesta a explorar en el ámbito de la Antropología.

I. HETEROGENEIDAD ESTRUCTURAL Y LAS TEORIAS DE CAMBIO SOCIAL

El intento por encontrar antecedentes sobre el tratamiento dado a los aspectos más generales de las sociedades populares nos llevaron a recoger las teorías más concretas sobre el cambio social.

La mayor parte de los problemas que introduciremos sobre las sociedades y culturales populares han sido tratados desde la más moderna reflexión social bajo los esquemas de la modernización.

La teoría de la modernización es un producto de la necesidad de actualización acelerada de estructuras consideradas “arcaicas”. En América Latina tuvo su auge durante la década del 60 como teoría

instrumental de desarrollo. La mayor parte de los proyectos de desarrollo acelerado inspirados en los intentos reformistas de la Alianza Para el Progreso se orientaban hacia el agro. La teoría de la modernización se convirtió de esta forma en el marco conceptual de los esfuerzos del “desarrollo comunitario”.

De manera esquemática, la modernización trabaja con una lógica de conceptos opuestos. Recoge la más amplia tradición dualista-antropológica y sociológica y establece una mecánica de cambios mediante procesos de difusión cultural.

El juego social principal se presenta entre una sociedad tradicional, estática, y refractaria al cambio y una sociedad moderna, dinámica y progresista que intenta extender sus características y “cualidades” al conjunto de la sociedad, como única vía para lograr el desarrollo, el bienestar mayor, y la consecuente homogenización.

El dualismo como modelo de interpretación social ha estado en la base de muchos paradigmas teóricos. La definición de los polos, no sólo representa dos tipologías de sociedades que se oponen analíticamente. Implica además, que el sentido de la evolución social es jerarquizado y ascendente. Una sociedad que puede llamarse Folk, tradicional, inerte, de pequeña escala, autosuficiente, sin relación con otras sociedades y la que siempre deberá tender a “progresar” hacia la otra sociedad, punto de llegada y modelo. Esta última puede llamarse, según el caso, urbana, moderna, capitalista, etc. Ha sido muy difícil para la reflexión social y antropológica desligarse de esa camisa de fuerza conceptual. Su influencia ha implicado el manejo de esquemas simples y valorativos. Es lo que el pensamiento republicano e ilustrado del siglo XIX definía como el problema del progreso y como una opción entre “civilización” o “barbarie” y que aún hoy no se ha desdibujado.

En nuestro medio este tipo de dualismo ha tenido un contenido altamente valorativo, que al mismo tiempo denigra de las formaciones o el bagaje popular.

Lo que hoy se llama modernización fué para los liberales y positivistas, el evangelio laico —la civilización— que debía desarraigar la tradición indígena, popular y de atraso.

Por el contrario la heterogeneidad en las formaciones sociales latinoamericanas es una realidad. Su coexistencia estructural ha sido un hecho histórico constante, producto de nuestro pasado colonial.

La situación descrita ha sido el resultado de superponer una expansiva cuña europea en el suelo americano.

Latinoamérica: un reto a los “modelos” europeos.

Latinoamérica representa en este orden de ideas, un reto a las Ciencias Sociales, por cuanto es una realidad compleja y heterogénea que no ha

podido ser cobijada satisfactoriamente desde categorías y modelos europeos.

La heterogeneidad de estas formaciones debe interpretarse de manera distinta, porque es ante todo una realidad estructural distinta. Cabría entonces hacer algunas precisiones al respecto.

— La diferencia no se da entre formaciones sociales que se encuentran en distintos momentos de una evolución histórica. Los distintos segmentos sociales o formaciones históricas en América Latina, no necesariamente tienen a homogenizarse sin que se de una transformación estructural. Puede incluso percibirse, como se muestra desde las formulaciones de la Dependencia (Teotonio Dos Santo, Gunter Frank) que la distancia entre estas formaciones tiende a mantenerse. Esto no implica una autonomía recíproca, todo lo contrario, la relación de dominación retroalimenta la diferencia.

La diferenciación tiene desde luego una dimensión morfológica y de tipo económico. Sin embargo incluye predominantemente un factor político y de tipo clasista.

En los distintos momentos históricos, la dominación política y la explotación económica de los contextos populares, no ha requerido de mecanismos “modernos” que impliquen una tendencia hacia su homogenización.

Puede así concluirse, que la historia, tanto de las formaciones y culturas populares en nuestro continente no es un proceso “reflejo”, o el resago de un desarrollo incompleto. Estas sociedades “tradicionales” o populares tienen un movimiento histórico que no está totalmente conducido por el desarrollo de la sociedad dominante. Sin embargo existe un espacio social en el cual se da una afirmación histórica popular que permite señalar una continuidad de lo popular. Ciertamente es un movimiento “por lo bajo”, sin ascensos dentro de la jerarquía social del país, silenciosa, pero con su propia dinámica y sentido.

La subordinación y la situación expoliativa es un hecho común y constante. Esta condición no excluye que en los contextos sociales populares se viva una dinámica histórica con carácter positivo y continuo. Aun aceptando que los principales sucesos y transformaciones de orden nacional hayan sido ajenos a las decisiones e intereses populares, no se puede deducir que la historia popular sea por consiguiente totalmente negativa, como una historia de enajenación y privaciones.

Sin cambiar su condición, las clases populares, han producido cambios sociales y culturales transformadores. Estos cambios históricos no son el resultado de un proceso aislado, ni tampoco han significado un mayor acercamiento a la sociedad dominante, punto obligado de llegada, como generalmente se supone.

La dimensión histórica del contexto social.

Lo que se afirma es la existencia de un ámbito de acción y producción popular, que dentro de situaciones restrictivas a todo nivel, ha constituido un patrimonio histórico de organización y cultura, y es lo que se ha denominado contexto social. Esta trayectoria bajo una óptica positiva no ha sido adecuadamente explorada en nuestro país.

En la aproximación que hemos hecho sobre la evolución histórica se muestra la tipificación de tres contextos sociales relacionados históricamente, que en su época representan más específicamente a los sectores populares. Estos son: el poblado indígena, la vereda como satélite de una cabecera semi-urbana y el barrio popular.

Partiendo del poblado indio, se aprecia la disolución de sus unidades jurídicas (resguardos/corregimientos) que pasa por un proceso de mestizaje biológico y cultural. Tal proceso culmina en la conformación de un campesinado andino, mestizo, tanto en su organización espacial (vereda) como en el contenido social. La vereda como estructura se convierte en la base de formación del campesinado colombiano, con el proceso de migración rural-rural de fines de siglo XVIII y de todo el siglo XIX, que la difunde con sus principales características.

El último contexto social considerado, es la particular formación urbana que se origina con la migración masiva sobre las ciudades hacia la mitad del siglo XX. En este período la fisonomía de las ciudades colombianas se transforma, presentando como uno de sus rasgos básicos los asentamientos urbanos no regulados: los barrios populares.

El barrio popular en este período surge en un proceso espontáneo e irregular, con características propias en términos urbanísticos, sociales y económicos, y se constituye en el más reciente y significativo contexto social de las clases populares, hoy.

Cada uno de estos momentos históricos implica una producción de organización y sentido, fruto de la acción popular, que se concreta y sedimenta —esencialmente— en una cultura popular.

Los contextos sociales y la producción popular.

Los contextos populares se entienden en este escrito, como las formaciones sociales donde tienen existencia social las mayorías populares. En este sentido, son microsociedades, cuyas características y modo de articulación con la sociedad mayor, son producto de una “transacción” de orden estructural con el régimen dominante. Se dice transacción en la medida que su existencia está mediatizada por el tipo de relación que se establece con la formación dominante, y que se define en términos de un acuerdo o arreglo entre las partes.

Lógicamente la principal característica de esta transacción es, ser una relación asimétrica, en condiciones de desigualdad para una de las partes.

Pero a su vez, es una condición imprescindible e inevitable para poder garantizar la reproducción mutua de ambas partes.

Los contextos populares, son por lo tanto, una parte terminal del establecimiento social y político. A pesar de estar en una situación de periferia social, estas sociedades no constituyen segmentos aislados sin influencia del centro social y político. No están en el núcleo, pero no pueden existir separados de la macroestructura.

De ahí que en cada fase histórica, exista un contexto popular representativo de la etapa histórica y la manera como se vive, (predominantemente en el sentido que abarca la mayor parte de la población).

Cuando se analizaron las primeras oleadas masivas de migración a las ciudades, los tratadistas de la marginalidad sospecharon de la existencia de cinturones urbanos desintegrados. Posteriormente, se demostró la existencia de variantes especiales mediante las cuales estas “masas marginales” estaban articuladas a la lógica del capital y del sistema social. El barrio popular, el contexto más representativo de la etapa actual no se aprecia como una rueda suelta.

Los contextos sociales tienen un carácter estructural que determina su reproducción. Constituyen así el lugar y la estructura social más permanente de la existencia popular. El enfoque de la cultura popular, debe pasar el examen de los contextos y sus condiciones concretas, en cuanto ellos conjugan el conjunto de factores que forman el estilo de vida popular.

De esta manera, lo que se puede afirmar, es la inseparable relación contexto—cultura, como una interacción que se desarrolla en un proceso de doble vía. El contenido y el sentido de la cultura que se crea dentro de estas microsociedades se explica por el contenido y sentido de sus relaciones predominantes.

Naturaleza y sentido.

Por consiguiente la naturaleza de las culturas populares no puede ser definida en sí misma. La cultura en sí misma no tiene unas características propias e incambiables, que es la connotación que adquiere cuando se discute la **naturaleza** de la cultura.

En primer lugar no podrá ser definida como contracultura. Si se plantea simplemente como opuesta se la está ubicando en una sola vía, cuya única naturaleza es la de oposición; y así se la está definiendo de una manera abstracta y esencialista, que implica que cuando la relación no es de oposición no tiene viabilidad de existencia.

La relación de lo popular se construye con un sentido ambiguo, en la medida en que se da dentro de una sociedad de la cual depende, pero a la

que al mismo tiempo in pugna. Así como se evita definir un “carácter” único a las culturas populares, tampoco se les puede definir un “sentido” general con respecto a la cultura dominante.

Entre los dos polos, dependencia e impugnación, se mueven las culturas populares en su desempeño más intitucionalizado. De esta forma más intitucionalizada dá cuenta el estudio de los contextos sociales populares. Con ello no se quiere deducir la ausencia en su interior de oposiciones o de manifestaciones transformadoras o revolucionarias. Lo que se pretende es dilucidar dicho potencial a partir del análisis de las condiciones corrientes y cotidianas de los contextos populares. Es precisamente por esto que se intenta reconstruir los contextos sociales que tienen mayor permanencia y que han llegado, por esta coexistencia, a una situación de convivencia estructural.

En la relación contexto-cultura la determinación no es unilateral. No puede establecerse que dado un determinado contexto, éste sea el lugar geográfico y el punto de generación de una cultura. El énfasis en las características ecológicas y la forma de asentamiento del contexto, recalca la presencia de un lugar que es el teatro principal de todo el proceso.

En este marco, el proceso de reconstitución de las principales relaciones del contexto como de reelaboración cultural son los dos aspectos simultáneos de un proceso general,.

En esta perspectiva el contexto no determina la cultura, ni lo contrario. Hasta donde es posible precisar las directrices de la interacción puede decirse que la constitución de un contexto tiene una cierta autonomía en la que se utiliza elementos del patrimonio cultural popular que habían estado vigentes en contextos cronológicamente anteriores. Estos elementos, lugar de condensación de la historia popular, son cambiados o refuncionalizados, de acuerdo con la nueva situación. Dentro de éste ámbito se constituyen unidades sociales en las que a su interior priman relaciones sociales cuyo perfilamiento de tipo informal demuestra una primacía de la cultura, que es la forma en la cual se da la determinación social dentro de los contextos populares.

II. LAS FORMACIONES SOCIALES POPULARES: ENTES ESTATICOS?

Las formaciones sociales populares, desde los distintos enfoques, han sido asociadas a un conjunto de características que las definen, primordialmente, como sociedades resistentes al cambio, pasivas, estáticas con una tendencia al inmediateismo y fatalismo, y con una expresión cultural completamente dependiente. En la base de estas consideraciones residen varias "tergiversaciones" que merecen ser reconsideradas.

La resistencia al cambio.

Algunos enfoques, como la ya discutida Teoría de la Modernización, suponían que los principales obstáculos al cambio social eran de tipo cultural. Las principales restricciones se centraban en las actitudes y valores conservadores de las sociedades tradicionales.

Los obstáculos que opusieron las comunidades a la imposición de los métodos y fórmulas "racionales", se interpretarían como oposiciones patológicas a los beneficios del desarrollo en general. Tales obstáculos se conocen dentro de la literatura de la modernización como "resistencia al cambio"; por medio de este concepto se consideró que una característica inherente a las sociedades populares es la resistencia a **todo** cambio.

En realidad es una resistencia a un tipo de cambio, muy gradual, impuesto desde arriba, con metas y métodos prefabricados que no consultan ni las condiciones intrínsecas ni los intereses de las sociedades a la cual se iban a aplicar.

La resistencia interpretada como defensa, no puede ser entendida a ultranza. No es una defensa automática contra las imposiciones extrañas a su interés y su tradición. Es una defensa discriminada y selectiva. Tal actitud básica, que no puede definirse abstractamente en uno u otro sentido (o complicidad u oposición) está directamente relacionada al contexto social (situación histórica) y a la trayectoria concreta de la cultura popular.

La forma específica en que tiene presencia esta continuidad y sus elementos más importantes, están definidos en una "Matriz cultural" de percepción y vivencia social, en cuanto ésta involucra, tanto una posición sociológica y política como una predisposición semántica que mediatiza las diferencias influencias y mensajes externos.

La resistencia tiene así expresión en todos los ámbitos de la existencia cotidiana de las sociedades populares, como una mecánica de adaptación a un entorno social mayor, de adecuación a los recursos disponibles y a las influencias que reciben.

Un ejemplo adecuado a esta mecánica de modificación y refuncionalización con que las sociedades populares reciben las influencias de orden nacional, es el de la inserción en el sistema político.

Más o menos desde la mitad del siglo pasado los partidos políticos tradicionales empiezan a alinear, a nivel nacional, a la población colombiana. Aunque la situación de guerras civiles no fué generalizada en todas las regiones, la vida política local empezó a funcionar dentro de los esquemas de oposición bipartidista. La opción nominal por un partido se convirtió en requisito indispensable para el ejercicio del mínimo derecho político, petición o gestión administrativa. Ante esta situación, en los contextos populares se modifica en contenido de la afiliación partidista, adaptando los términos de la lealtad y convirtiéndolos en un mecanismo de defensa.

Las relaciones con los representantes de los partidos políticos a nivel local, gamonales y "caciques", fueron relaciones verticales de lealtad que seguían un esquema modificado de clientelismo.

A nivel del contexto rural colombiano del siglo XIX, en la vereda, la opción partidista adquirió otros matices: Como práctica de defensa frente a las posibilidades de guerra o de hostigamiento político en tiempos de paz, la vereda tendió a homogenizar su color partidista. Casi mayoritariamente, las veredas fueron liberales o conservadoras. Aún más, el contenido de la opción partidista se fué impregnando de la tónica predominante de las relaciones sociales en un medio popular. El asunto de la "pertenencia" a un partido se convirtió en una cualidad adscrita. Se es liberal o conservador simplemente como una consecuencia más de la filiación familiar o veredal. El partido se convirtió en un aspecto más de identificación social básica, incorporándose dentro del bagaje de la cultura campesina colombiana, y reforzando los vínculos internos horizontales de la vereda. Las relaciones de compadrazgo como una forma ritual de parentesco, siguen el criterio partidista para la elección del padrino.

Por esta vía un elemento externo y vertical es adaptado y refuncionalizado dentro del contexto popular, para reforzar su cohesión interna.

Anacronismo y pasividad.

Las culturas populares han sido consideradas como entes anacrónicos o como formaciones estáticas en las cuales la historia se ha congelado.

Ciertamente, el ritmo de cambio histórico no es uniforme para toda la sociedad. Es en los niveles de los sectores sociales dominantes, las élites, las oligarquías donde los procesos de transformación social tienen una mayor presencia. Los sectores privilegiados se benefician prioritariamente con los cambios económicos y sociales, debido a que el desarrollo económico y social, es un proceso discriminatorio. De esta forma el tiempo histórico tiene una marca de clase. Esta razón se ha añadido a otras para suponer que los sectores populares "tradicionales" no tiene historia, son expresión de un rezago, y, por consecuencia, son culturales estáticas.

La realidad del diferencial del cambio histórico no se aprecia en una perspectiva relacional.

Evidentemente las sociedades populares muestran un mayor componente de elementos de corte tradicional, pero ésta no es una característica inherente. Lo que se ha tratado de demostrar en este trabajo es que lo popular, tanto como sus sociedades se definen con respecto a la sociedad dominante. En este sentido, el "tradicionalismo" visto de frente a la sociedad de referencia, la dominante y "moderna" será un producto de la situación de estos grupos, en dos aspectos:

1. El diferencial del ritmo de cambio, que no se debe a la naturaleza estática de las sociedades populares, sino a su desigual situación y a la imposibilidad de usufructo del desarrollo económico y social.
2. Este cambio se hace por el contrario, en detrimento suyo. En las sociedades dependientes, la imposibilidad de ampliación del producto económico social, hace que la acumulación del capital se haga a costa de los sectores populares. En consecuencia la resistencia al cambio, y el mantenimiento de los esquemas tradicionales se constituyen en una actitud y un mecanismo de defensa y supervivencia muy justificable.

Inmediatismo y fatalismo.

En los contextos populares, por las restricciones de posibilidades de movilidad social y su desenvolvimiento en medio de una realidad que aparentemente no cambia, no se tiene noción de los factores "objetivos" y del tiempo a largo término. Esta percepción verdadera dentro de su contexto, ha dado lugar a manifestaciones culturales que son fácilmente calificadas de "inmediatistas" o "fatalistas".

El tipo de accionar popular que bajo estos supuestos se desenvuelven reviste una lógica propia. En este sentido lo que de manera negativa se define como una visión limitada, que es usada de manera positiva como estrategia de manejo de lo inmediato, de lo ocasional, de aquello que ante todo de lo que requiere es de soluciones con un sentido pragmático.

"En estos ambientes la vida se desenvuelve a lo largo de caminos cuyos atavares o accidentes no se pueden prescribir evitar mediante la previsión: las fluctuaciones en la incidencia de la mortalidad, precios, empleo, se viven como accidentes externos más allá de todo control; la alta tasa de mortalidad infantil hace absurda la planificación familiar predictiva; en general, el pueblo tiene pocas notaciones predictivas del tiempo; no proyecta "carreras" o ven sus vidas con un aspecto determinado ante ellos o reservan para uso futuro semanas enteras de altas ganancias en ahorros, etc." (Thompson, 1979: 50-1 E.P.).

Con este mismo sentido, los sucesos extraordinarios de la vida, las súbitas variaciones a favor o en detrimento suyo, son imponderables que tienen una sencilla y exhaustiva explicación metafísica. Estas son eventualidades que pueden ser producto sobrenatural, "actos de Dios", del destino o de la suerte, pero ante todo, de lo que hablan es de un sabio sentido de la resignación que simboliza una manera de reacción y de acomodamiento a las situaciones que enfrentan.

El azar, el sentido de incertidumbre o la atmósfera mágica de las elaboraciones culturales con su infinidad de ritos, se constituyen de esta manera en elementos **objetivos** y factores estructurales dentro de los contextos sociales populares.

La dependencia cultural.

La expresión cultural de las clases populares se ha tildado de **dependiente** tanto desde las formulaciones de la Teoría de la Dependencia como por las formulaciones Althusserianas sobre la ideología y sus aparatos.

Una buena parte de las razones de poner en vitrina histórica los contextos populares, era un propósito implícito de mostrar que todas las dimensiones de subordinación, no tienen igual desarrollo y por consiguiente que no toda producción de sentido se expresa en términos ideológicos.

Más recientemente con la teoría Gramsciana se abrió una importante brecha, por la cual la realidad de una cultura popular comienza a ser concebida. La posibilidad de que las clases dominadas estén en "capacidad" de producir sentido, así sea como lo dice Gramsci, Sentido común, se levantó como una nueva pista de exploración.

En muy escasa medida la posibilidad popular de elaboración de sentido, acorde y en función de sus contextos sociales ha sido admitida. Veladamente; puede ser reconocida la particular conformación de organizaciones sociales o contextos sociales de "refugio" para mediar una relación expoliante con la sociedad nacional, pero la producción de sentido en vía diferente a la determinación ideológica difícilmente se acepta. Factores como la existencia del analfabetismo, la creación de ideas y representaciones abstractas, de elaboraciones analíticas y relacionales, vista desde un modelo de lo "culto" y de la cultura, han supuesto muy tácita pero de manera muy arraigada que existe un limbo intelectual en las sociedades populares.

El problema de estos planteamientos, se encuentra, como en todo etnocentrismo, en la negativa a reconocer realidades diferentes. De allí que el proceso de reconocimiento de las diferencias culturales al interior de nuestra misma sociedad haya sido increíblemente lento y parcializado.

Los campos explorados desde el filón que se abrió con las teorías gramscianas, han tratado de recoger las expresiones más visibles de esta

"producción cultural": su estética, sus producciones artísticas, su arquitectura popular, etc. Sin embargo este abrir de nuevos campos y opciones no ha traspasado a otras formas de "producción" como pueden ser las formas sociales y las creencias, cuya realidad no es tan visible.

Hegemonía ideológica.

La hegemonía ideológica sobre las clases subalternas, se ha planteado como la finalidad del Estado Capitalista, tomándose como requisito indispensable para la reproducción del sistema.

Este análisis del Estado se deriva de un entendimiento de la ideología, como moldeamiento de la conciencia y en función de su reproducción institucional:

"Las ideologías poseen existencia material en los aparatos, instituciones y en todo aquello que pueda influir sobre la opinión pública" (González 1983:10).

La manera y las formas que ha adoptado históricamente el desenvolvimiento de las relaciones entre Estado y los contextos populares ponen este requisito en una dimensión distinta. La reproducción del sistema social se ha hecho en estas sociedades desde el mantenimiento de los contextos populares, en la utilización de éstos.

La concepción de hegemonía como proceso totalizante a todas las expresiones culturales, vista (a la luz del estudio y develamiento) como la capacidad de elaboración propia de relaciones y prácticas cotidianas, en los contextos populares, muestra limitaciones. El énfasis que ha puesto sobre el aspecto ideológico el enfoque gramsciano, ubica dentro de la ideología tan sólo el conjunto de representaciones más o menos expresables en conceptos. De manera más amplia se le incluye la dimensión afectiva, los sentimientos y de esta manera se señala el contenido de otra expresión, la de la conciencia de clase.

Pero su limitación aparece cuando se le enfrenta a una realidad popular, donde el principal motivo de actuación está implícito y está compuesto por actitudes y relaciones no conscientes, prácticas significativas pero no reiteradas y un conjunto de predisposiciones —no opiniones— ideológicas.

En consecuencia se deriva el sentido dependiente de la cultura popular que ya anteriormente se ha tratado. "Lo popular" como expresión de una subordinación absoluta, no puede ser más que contradicción, es decir, oposición a la hegemonía y, puesto en esta perspectiva, se descalifica entonces una realidad popular que no tiene, ni en sus expresiones inmediatas o profundas tal grado de radicalidad.

Las descargas populares, el "capital de angustia" acumulado en años de subordinación, no está dirigido explícitamente contra el Estado, o contra

sus enemigos de clase; no se manifiesta en acciones públicas o en expresiones orgánicamente institucionalizadas. Las expresiones del movimiento popular no desfilan únicamente en actos masivos por las plazas y calles, sino que tienen una dimensión cotidiana en la cual se cuecen veladamente, disgregadas y de manera individual, en fórmulas astutas de sobrevivencia.

La pasividad ante la dimensión pública, la negación a la participación en organizaciones formales, el sentimiento "vergonzante" frente a su cultura, en fin, aquello que se ha llamado la "complicidad" con el sistema, son actitudes de arraigo popular que pueden ser tan auténticas como las manifestaciones militantes.

III. LUGAR Y CONDICIONES DE EXISTENCIA DE LAS CULTURAS POPULARES.

Al poner en relieve el sentido clasista que tiene la evolución y presencia de las sociedades populares, se quiere además explicitar las condiciones y el lugar dentro del que se desenvuelve la acción popular y sus contextos sociales. De la misma manera que los contextos populares, en sus expresiones espaciales han estado relegados a la periferia espacial, puede hablarse con respecto de su condición social, de una situación de "periferia" social. Las relaciones con la organización formal, institucional de la sociedad dominante y sus mecanismos de integración llegan hasta el punto en el cual captan y controlan socialmente tan solo a quienes como cabeza de los contextos populares se desempeñan en la intermediación entre los dos campos.

Las localidades con sus mecanismos propios de integración, proporcionan las pautas de organización en las sociedades populares. Visto desde este punto de vista la articulación con el sistema total tiene dos rasgos diferentes: Por una lado, mantiene la vinculación con la centralidad social y política de escala nacional, y por el otro se desarrolla en formas diferenciadas aunque no autónomas de organización y producción cultural.

Desde luego existen restricciones a este proceso de elaboración popular. Las relaciones predominantes son aquellas que contribuyen a la integración con la estructura mayor, y sobre ellas recae una influencia, que aunque opera de manera mediatizada, tiene funcionalidad.

Las relaciones sociales de tipo local (y a veces supralocal) constituyen un tipo de relaciones de carácter informal, articuladas a redes sociales que tienen como base los individuos o la familia (relaciones diádicas, de parentesco, de vecindad). En general son relaciones multifuncionales, sin mayor diferenciación de roles, alimentadas principalmente por un componente cultural.

De esta forma, en el caso del medio urbano, se han reconstituido el bagaje cultural producido en el contexto social campesino.

Una expresión de la adaptación de las relaciones tradicionales al nuevo contexto social, es el caso de las relaciones de vecindad que se han mantenido en el medio urbano, transformando algunos de sus componentes y ampliando su funcionalidad. En la actualidad las relaciones de vecindad se han adecuado a una estructura barrial, en la que hacen parte de un engranaje social mayor, de ayuda mútua y generación de estrategias para la reproducción social.

La vecindad, por esta vía, se ha constituido en el principio básico que regula el establecimiento de las relaciones de confianza que están en la base de constitución de las redes de ayuda, de las prácticas de reciprocidad y de las acciones comunales, entre individuos o familias e

incluso entre las pequeñas unidades económicas de bienes y servicios que funcionan dentro de los barrios populares.

Y es precisamente esta multifuncionalidad de las relaciones sociales informales, la que permite conservar diferentes sentidos a la producción social de la Cultura popular. Al mismo tiempo que cumple un papel de integración vertical con el sistema dominante, traza un tejido de relaciones de solidaridad horizontal, y compone un espacio donde es posible la reelaboración cultural.

Los contextos sociales populares, vistos de esta manera, constituyen un espacio de experiencias, de estilo de vida y sentido histórico común, que hacen posible su entendimiento con un sentido clasista.

“La clase es una categoría histórica, es decir, está derivada de la observación del proceso social a lo largo del tiempo. Sabemos que hay clases porque las gentes se han comportado repetidamente de modo clasista; estos sucesos históricos descubren regularidades en las respuestas a situaciones similares, y en un momento dado (la formación “madura” de la clase) observamos la creación de instituciones y de una cultura con notaciones de clase, que admiten comparaciones transnacionales” (Thompson, 1979: 34).

El marxismo estructuralista que ha primado en los enfoques sobre la “realidad” colombiana, ha tornado el análisis clasista en una repetición de los conceptos abstractos que pueden ser adecuados en cualquier situación sin añadir nada al esclarecimiento de nuestra realidad.

El concepto de clase en este trabajo, se toma bajo determinantes sociológicos y culturales concretos, que pueden llegar a ser incluidos en un concepto amplio —contexto social— que incluya las formas de organización, su situación y otros factores que inciden crucialmente en la determinación de clase.

Los lazos locales de tipo horizontal que generan un sentido de destino común, se constituyen en un mecanismo de poder en esta dimensión del accionar popular. Este sentimiento, opera, aún por encima de la heterogeneidad social característica que cubre los contextos populares. Esto hace que en términos políticos y sociales se convierta en una unidad operacional.

“Lo que queremos destacar es que los mecanismos de integración y redistribución son estructuras intrasociales positivas que tienen fuerza de cohesión permanente, en tanto los mecanismos de dominación y subordinación generan hostilidad” (Shaedel, 1975: 314).

La localidad.

La localidad, es la denominación más adecuada a una estructura social mínima, que se adapta a los contextos sociales populares.

“La localidad comprende modos de interacción que señalan la mayor densidad y la más amplia variedad de categorías de comportamiento en el área, sin que, necesariamente, implique que esta unidad sea exhaustiva en su explicación...”

“Una interacción de largo plazo y constante y una relación personalizada de todo tipo son la clase de intercambios que caracterizan —aunque no exclusivamente— los intercambios en la localidad” (Leeds, 1973:20).

Esta mayor concentración de interacciones dentro de este espacio restringido, tiene una importancia vital tanto en la definición social y cultural de su habitantes, como en los procesos de centralización política y en los intentos de homogenización de lo popular. Si bien es cierto que a nivel general existe una relación muy estrecha entre el proceso de centralización política y la reducción de las particularidades regionales para América Latina y especialmente para Colombia, esta relación tiene sus mediaciones históricas.

El Estado en nuestro país vivió un camino “involutivo”. Durante el siglo XIX el Estado se dispersa y los mundos regionales y locales ganan poder. Este proceso regional y posteriormente nacional se fundamenta sobre mecanismos de integración política que son casi enteramente informales.

Los caudillismos regionales y también nacionales, comandaron la mayor cantidad de voluntades. En este sentido se logra una base precaria de Estado Nacional. La centralización política se hace de esta manera por medio de un poder que es más personal que institucional. La cohesión e integración social no se logra por medio de las instituciones, este es un proceso costoso para un Estado amorfo e indigente.

No sólo por esta razón, la centralización política en Colombia ha sido un proceso que ha necesitado y se ha apoyado en los poderes regionales, pactando espacios recíprocos de operación. Dentro de este marco político nacional se puede entender la sobrevivencia y fortificación de los regionalismos y de sus diferentes versiones culturales.

IV. IDENTIDAD Y DIVERSIDAD CULTURAL

Una vez esbozadas a grandes rasgos los componentes y las condiciones básicas de existencia de las sociedades y culturas populares, puede plantearse una reflexión de éstas desde la existencia de algún tipo de identidad cultural.

En principio, la idea de identidad se deriva de otra, la de comunidad. La comunidad se concibió como el conjunto indiferenciado de individuos que

con una conciencia colectiva semejante, cuando no igual, tenía como principal componente un sentimiento de **pertenencia**. Esta pertenencia, sin restricciones a la comunidad era la condición para crear un sentimiento de identidad.

A la luz de las diferentes visiones sobre la identidad merecen reubicarse algunos aspectos.

La identidad, como otros sentimientos sociales requiere de una realidad socio-económica y una base social que la sustente, para que sea una realidad. Por consiguiente se expresará en una participación positiva dentro de una acción pública, en la base institucional. Desde luego también puede existir bajo una participación únicamente alienada y estar generando un fortísimo sentimiento de identidad.

La posición "oficial" promueve la identidad como propuesta para la estabilidad nacional. Este resultado que es el que se pretende lograr artificialmente mediante la utilización de los medios masivos o la manipulación de los contenidos de los aparatos de socialización. Estos esfuerzos han tomado fuerza y han sido impulsados artificialmente por las autoridades establecidas.

La constitución de una nacionalidad verdadera, se ha convertido en una necesidad política, precisamente en este país, donde los mecanismos de participación y las oportunidades económicas, hacen pensar en todo menos en comunidad de intereses nacionales. La creación, vía opinión pública, de una identidad nacional, tiene sustento ante todo en una propuesta de legitimación política que apela a una comunidad de voluntades de acción, de sentimiento en favor de un poder con una base social e institucional restringida.

Otra vertiente sobre la identidad cultural, ha hecho esfuerzo por buscar la identidad como un resultado de una herencia cultural, de orígenes auténticos. La suposición implícita que la respalda es la de la ausencia de tiempo de las sociedades tradicionales. Por haberse mantenido en un cierto limbo histórico, estas sociedades conservan de manera pura la autenticidad perdida en medios como las ciudades. Hay que volver los ojos hacia los campesinos, es decir a un contexto popular más reciente, que las propuestas que los ponen en los muisca.

"Cuáles son estos valores sustanciales?. Es posible que sean aquellos fundamentados en la especial visión del mundo o filosofía de la vida que caracteriza a los grupos regionales más incontaminados, especialmente los que se articulan aún con la praxis original, como los campesinos y los que han defendido el ancestral contacto con la naturaleza y el ambiente regional específico" (Fals Borda, 80: 171).

La identidad no se puede buscar atrás, en un tipo de realidad inexistente, como modelo y propuesta de identificación. Pensar la identidad requiere en primera instancia una base social e institucional real

que la sustente, pero por otra parte de una visión que de cuenta del sentido y diversidad de las transformaciones sociales operadas en la sociedad.

Puesto que lo nacional no es una conformación ni histórica ni socialmente homogénea, tanto como no es un producto auténtico, el punto del que hay que partir es ante todo el de la diferencia cultural dentro de lo nacional.

La identidad como un sentimiento real a nivel nacional solo podrá producirse dentro de un profundo proceso de homogenización en todas las dimensiones de la realidad nacional, y no en el llamado a cosas del pasado.

Los contextos sociales populares, no pueden ser vistos como una propuesta de identidad, en primera instancia por cuanto el sentimiento de identidad que evidentemente contienen, tiene al igual que el contexto un radio de acción restringido. Por lo tanto son propuestas de identidad limitadas para las mayorías y para representar una identidad nacional.

La etnología como brecha de exploración.

A la luz del enfoque de la ponencia queremos plantear algunas posibles perspectivas de la antropología, como que hacer y como profesión.

El énfasis de esta propuesta es el de reenfocar el interés investigativo y profesional hacia los puntos terminales de nuestra sociedad. Gran parte de la estructura nacional está compuesta por formaciones sociales de tipo popular. A pesar de su preponderancia estadística y cualitativa y aún de su presencia en los centro urbanos, tales contextos sociales son desconocidos en sus términos concretos. Para no ir más lejos históricamente, se puede mencionar una realidad actual y en crecimiento: la de los barrios populares, cuyos sistemas económicos y sociales son asimilados a la sociedad general, pero que conservan características particulares. Los arreglos económicos sustentados en mecanismos informales; la forma concreta como adoptan redes de supervivencia; los espacios intrabarriales en que se mueve la acción popular; la estética de las viviendas y del paisaje urbano; la presencia de agrupaciones juveniles; la trayectoria particular de la mujer popular; la transición específica que están adoptando las organizaciones sociales de tipo informal; el caciquismo urbano, el liderazgo y las asociaciones políticas de base, son algunas de las dimensiones de inmediata actualidad que aún no han sido suficientemente exploradas.

Tal conjunto de temas puede llegar a ser cobijado bajo la problemática gaseosa y general de la cultura popular urbana. Insistimos en esta designación por cuanto gran parte de la realidad popular aún en zonas urbanas metropolitanas, tiene como componente principal lo cultural.

Las relaciones intergrupales como intragrupalas, la asignación de roles, una buena parte de la socialización, el juego de ideas básicas, una porción

de las prácticas médicas, se siguen rigiendo por el conjunto de conocimiento y normas que están en la cabeza y en el sentido de las personas. Esta gran preponderancia de lo cultural, en las formaciones populares se ha convertido en un obstáculo epistemológico al conocimiento de éstas.

La mayor parte de los acercamientos con técnicas tradicionales de la sociología (estadísticas generales, sondeos, encuestas) no pueden captar la distinta naturaleza de estos contextos, por cuanto dichas técnicas trabajan con unos supuestos de operatividad funcional y de ejercicio de las instituciones oficiales.

La etnología como disciplina requiere de su confrontación en estas realidades, en el manejo de una metodología que permita develar arreglos, prácticas sociales, roles y funciones, cuyo sentimiento y forma de operación no es explícito ni conocido.

El análisis de estos microcontextos, por otra parte, requiere de un enfoque general que enmarque dentro de una perspectiva general dichos análisis. El esfuerzo de esta ponencia está dirigido en ese sentido.

Bogotá, Septiembre de 1984
Centro de Investigación y Promoción
Comunitaria — CIPROC.

BIBLIOGRAFIA CITADA

- | | |
|------------------------------|--|
| Fals Borda, Orlando. 1979. | "Mompós y Loba", Historia doble de la costa". Vol. I, Carlos Valencia Editores, Bogotá. |
| González Sánchez, J.A. 1983. | "Culturas populares hoy". En Revista Comunicación y Cultura, No. 9, pp. 7-30, México. |
| Leeds, Anthony. 1975. | "La sociedad urbana engloba a la rural: especializaciones, nucleamientos, campos y redes, teoría y método". En Hardoy/Schaedel (Comp.) 1975, pp. 317-349. |
| Thompson, E.P. 1979. | "Tradición, revuelta y conciencia de clase". Ed. Crítica, Barcelona-Grijalbo. |
| Lewis, Oscar. 1971. | "La Vida". Editorial Moritz-México, 3ª. Edición. |
| Schaedel, Richard p. 1975. | "Variaciones en las pautas de los encadenamientos urbano-rurales contemporáneos y recientes en América Latina". En Hardoy/Schaedel (Comp.), 1975, pp. 291-317. |